

Rosas de sangre

Rosas de sangre

Esther Cuesta



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Esther Cuesta 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: abril 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-76-6

Depósito legal: AL-0000-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Para los que se merecen una rosa y sueñan con dragones.

Capítulo 1



Durante los últimos diez años, Dinaria aprendió a no pensar en su futuro más allá de su vigésimo cumpleaños. Todos los días de su vida estuvieron planificados y controlados de manera rigurosa para que hiciera las mismas tres cosas: alimentarse, entrenar y descansar. Pero a una semana de su decimoctavo cumpleaños sus padres le habían permitido por primera vez comer lo que se le antojara, dormir hasta cuando quisiera y olvidarse de la espada. Todo para que pudiera disfrutar, por poco que fuera, antes de enfrentarse a su destino.

Dinaria había esperado ese momento durante meses desde que sus padres se lo prometieron. Soñó con todo lo que podría hacer antes de caer rendida por el cansancio cada noche y había apuntado infinidad de datos en libretas perdidas en su habitación. Ni siquiera las recordaba todas. Muchas eran cosas sencillas que sí había hecho, como permanecer despierta toda la noche atrapada en una novela apasionante, sin importar si se quedaba dormida

hasta el mediodía. Pero otras eran más ambiciosas, como viajar por Tarinia a caballo y descubrir la vida más allá de palacio. Esas las había descartado, bien guardadas entre las páginas, muy consciente de que sus padres no podían arriesgarse a perderla de vista.

No obstante, a pesar de hacer realidad solo sus ideas más pequeñas, esa pizca de libertad estaba siendo más dolorosa de lo que habría imaginado. La llenaba de emoción y, a la vez, pensar en lo poco que duraría la hacía temblar. Lo peor de todo era que no podía explicar a su familia cómo se sentía, porque confesarles que aún no había ganado la batalla contra el miedo provocaría que ellos la perdieran. Y lo último que quería era que sufrieran más de lo que ya lo harían durante los próximos dos años.

Así que cuando su hermana apareció en su habitación con una amplia sonrisa, ella imitó el gesto como si no hubiera vuelto a lidiar con la preocupación acumulada en su pecho. Cerró el libro que había estado leyendo sobre su escritorio y dio la espalda a la ventana desde donde se veía la pequeña ciudad que rodeaba al Palacio de Verano.

Las mejores vistas eran las que daban hacia las grandes montañas que pertenecían a Olwania, su país vecino y enemigo desde hacía cientos de años. Sin embargo, ni ella ni nadie de su familia quería verlas, a pesar de que llevaban tiempo sin hospedarse en ese palacio. Eran un recordatorio funesto de que Tarinia, su hermoso país, podría convertirse en cenizas en muy poco tiempo.

—Tú y yo vamos a ir a una fiesta esta tarde —anunció Nina en cuanto se sentó encima del escritorio.

Llevaba un vestido azul cielo que combinaba con sus ojos y tenía su pelo dorado recogido en múltiples trenzas y tirabuzones.

Nina iba guapísima. Era de esas personas que entendían la moda como un arte e intentaba tanto enterarse de las últimas novedades como experimentar por sí misma. Disfrutaba de ello sin pegas,

a pesar de que, al ser una princesa, no se le permitía ser todo lo atrevida y disruptiva que deseaba ser.

—Sí, seguro que papá y mamá están muy de acuerdo con eso —comentó Dinaria con sarcasmo mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba en el respaldo de su silla.

A pesar de su libertad temporal, había algunas normas no escritas que seguían en pie. Y una de ellas era que Dinaria no podía salir de palacio a menos que fuera con toda su familia y acompañada de una cantidad de guardias ridícula.

—Mejor pedir perdón que permiso —le dijo Nina, guiñándole un ojo.

Después se bajó y cogió la mano de su hermana para levantarla y guiarla hasta el vestidor de la esquina de su espaciosa habitación.

Durante toda su vida, Dinaria apenas había tenido vestidos en su armario, tanto en ese palacio como en sus aposentos en el castillo de la capital. Pero dado que iba a tomarse aquel pequeño descanso, su hermana se encargó de solicitarle todas las prendas posibles.

—¿Va en serio? —preguntó Dinaria mientras veía a Nina emprender una ardua búsqueda en el vestidor, a pesar de que todos fueran preciosos y ya seleccionados por ella.

—Yo no bromeo cuando se trata de una fiesta. Hoy vas a salir de este palacio y vas a divertirte. Haremos que la bronca merezca la pena. ¡Ah, este es perfecto!

Su hermana le enseñó un vestido largo, de tirantes, cuya tela satinada se fruncía en la cintura. Era sencillo y elegante, a diferencia del que llevaba Nina, el cual estaba repleto de tul y volantes. Lo que más le gustaba a Dinaria era que no era rosa como su armadura habitual, sino de un tono azul marino más parecido a sus ojos que a los de su hermana.

—Vas a estar irresistible —le aseguró Nina y Dinaria hizo una mueca. Casi siempre le hacía cumplidos de ese tipo, pero ambas sabían de sobra que ningún chico se le acercaría.

No había normas que prohibieran a Dinaria enamorarse, pero ser la heredera de las rosas era un repelente perfecto para evitar que cualquier chico se interesase por ella. Y ella lo entendía a la perfección, sobre todo porque sus largos entrenamientos y el hecho de que no saliera del castillo tampoco ayudaban a cambiar esa situación.

Aun así, le hizo caso a su hermana y se cambió para ponerse ese vestido. También dejó que peinara su pelo dorado, algo menos brillante que el de Nina, en un recogido desenfadado.

Cuando terminaron, Nina saltó de emoción y volvió a cogerla de la mano para guiarla a través de los pasillos.

—¿Nos vamos a ir así, sin más? —le preguntó en un susurro Dinaria conforme avanzaban. Notaba el corazón retumbándole con fuerza y pensó en lo ridículo que era que le pusiera más nerviosa salir que enfrentarse en combates cuerpo a cuerpo con contrincantes que pesaban el doble que ella.

—Papá y mamá no están, y Naiden se encuentra reunido con los consejeros para una de sus lecciones —le dijo refiriéndose a su hermano—. Además, todos están ocupados con las preparaciones de tu fiesta de cumpleaños. Es el momento perfecto.

Dinaria asintió y sonrió mientras se dejaba guiar por su hermana. Solo cuando llegaron a los establos, Nina la soltó y se acercó a la única persona que cuidaba de los caballos.

Ren era un chico de dieciséis años, alto, delgado y con los ojos del mismo color del heno seco, que había venido con ellos desde la capital, como muchas otras personas del servicio. Era amable y divertido, aunque la gran mayoría de veces la vergüenza le enmudecía y le teñía las mejillas de un rojo casi tan intenso como su pelo. Sobre todo, cada vez que Nina se acercaba a él.

—¿Están los caballos listos? —le preguntó Nina con amabilidad y una amplia sonrisa. Intentaba tratar bien a todo el mundo, y se

esforzaba especialmente con aquellas personas que notaba que eran buenas de corazón.

Ren asintió, pero cuando vio a Dinaria se le esfumó cualquier atisbo de sonrisa. De repente, fue consciente de lo que sucedía y titubeó, sin saber qué debía hacer en esa situación.

Antes de que se le pasara por la cabeza la opción de detenerlas o avisar a algún guardia, Nina se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Al instante, el chico pareció olvidarse de Dinaria y su piel se tornó más roja que nunca.

Nina era buena con todo el mundo, pero también sabía controlar la situación a su favor. Era una cualidad poderosa que había aprendido a pesar de tener dieciséis años.

Ren sonrió y se marchó, demasiado aturdido para despedirse con una leve reverencia como acostumbraba a hacer. Y, cuando se quedaron a solas, acompañadas por los relinchos de los caballos, Nina no tardó ni un momento en acercarse a la bolsa de cuero del suelo, justo donde había estado Ren esperándolas.

—Una capa con capucha y unos guantes —le dijo mientras se lo tendía—, para que luego digas que no tomo precauciones.

—Lo dices como si vestir así no fuera a llamar la atención.

—Podrían sospechar de nosotras, pero posiblemente pensarán que somos otra de las familias nobles que han llegado para asistir a tu fiesta.

Dinaria se colocó la capa y la capucha, dando gracias de que ese día no fuera muy caluroso. Y luego, antes de ponerse los guantes de seda blanca, observó el dorso de sus manos. En cada una de ellas tenía la marca de una rosa, como si la tuviera tatuada en la piel con tinta, al igual que los tallos repletos de espinas que salían de las flores y le rodeaban las muñecas y los brazos hasta la altura de los codos.

Nunca ocultaba las marcas que indicaban que era la heredera de las rosas. Le habían dicho que las luciera con orgullo, a pesar

de que le causaba pavor ver cómo los tallos iban avanzando por sus brazos con la edad. Así que se sintió extraña al esconderlas bajo los guantes.

—¿Preparada? —le preguntó Nina, y Dinaria asintió con una amplia sonrisa que, sin duda, auguraba problemas.

Según el plan de Nina, tan solo deberían asistir un par de horas o tres a la fiesta que el hijo del marqués Virillian había organizado sin motivo alguno. Sin embargo, el tiempo transcurrió entre bailes, risas y los rumores que todos se contaban en secreto sobre nuevos romances y traiciones, y cuando salieron al fin de la mansión, con las mejillas calientes y los pies cansados, ya había estrellas brillando en el cielo.

Al darse cuenta de su error, la culpabilidad eclipsó los ratos divertidos que habían pasado y las acompañó durante todo el trayecto de vuelta a palacio.

Por un momento, pensaron en la posibilidad de entrar a hurtadillas y colarse en sus habitaciones como si no hubieran salido de ahí en toda la tarde. Incluso a pesar de que seguramente las habrían llamado para la cena, podrían inventarse que se habían quedado dormidas y todo se resolvería con las disculpas de un hecho sin importancia. Pero esa solución se esfumó en cuanto cruzaron el pequeño acceso de los jardines de palacio.

Horas antes, habían recorrido el camino de salida y entrada del servicio para no llamar la atención. Sin embargo, a su regreso esta vía estaba repleta de guardias que las esperaban, algunos de ellos con una clara expresión de alivio y otros molestos por su pequeño acto de rebeldía que los ponía en evidencia.

—¿Esperamos visita? —bromeó Dinaria, presa de los nervios, aunque no hubo cambio en sus expresiones.

Sin necesidad de decir nada, pusieron rumbo a palacio. Nina miró a su hermana con pesar, y Dinaria negó con la cabeza para

transmitirle que no se preocupara. Les esperaba, sin duda, una buena reprimenda, pero lo último que Dinaria quería era que su hermana se arrepintiera de haberla animado a vivir un día inolvidable.

Con esa seguridad, se bajó del caballo al llegar a las cuadras y avanzó por los pasillos intentando olvidar la presencia de los guardias. Por suerte, los cuatro hombres que las habían escoltado se hicieron a un lado al llegar a la entrada del salón principal y permitieron que fueran ellas las que empujaran la puerta.

—Deja que asuma la responsabilidad —le susurró Nina antes de que Dinaria tocara el pomo—. Papá y mamá son más indulgentes conmigo. Y puedo llorar si hace falta.

—No sé si me consuela que tengas esa habilidad —le dijo Dinaria y luego inspiró hondo—. No hemos hecho nada malo, así que solo tenemos que recordárselo.

Y sin esperar su respuesta, abrió al fin para adentrarse en la estancia donde habían comido juntos en familia desde que habían llegado.

El salón poseía una decoración cálida, con sus muebles caoba y sus paredes empapeladas con estampados anaranjados. En la gran mesa que ocupaba el centro de la sala aún estaba la comida de la cena, a pesar de que ya se habría quedado fría.

Las únicas personas que las esperaban eran sus padres y su hermano. Ni siquiera estaba el servicio que solía moverse a su lado, como rápidos fantasmas que en vez de asustarlos lo dejaban todo impecable a su alrededor.

Nada más verlas llegar, los tres mostraron su alivio como si hubieran desaparecido durante días y no horas.

—Gracias a Kaerys que estáis bien... ¿Se puede saber en qué estabais pensando? —preguntó su madre, rompiendo el silencio—. ¿Cómo se os ocurre desaparecer sin avisar a nadie?

—Yo dejé una nota en... —empezó a explicar Nina, pero esta vez su padre la interrumpió:

—Una nota sin tu sello que podría haber escrito cualquiera —le reprochó, y cogió el papel en cuestión de la mesa, antes de lanzarlo de nuevo sobre esta—. ¿Así es como vamos a empezar a hablarnos? ¿A través de notas?

—No estabais —se defendió Nina, aunque no sonaba muy segura de sí misma.

—Digas lo que digas está claro que habéis escogido el mejor momento para marcharos sin dar explicaciones a nadie. ¿Y todo por ir a una absurda fiesta? —argumentó su padre.

El silencio reinó en el salón. Sus padres, sin lugar a duda, esperaban que sus hijas reflexionaran sobre ello y al final se disculparan. Pero en vez de empezar a balbucear en busca de su perdón, Dinaria los miró con detenimiento, intentando hacer caso omiso a la tensión del ambiente.

Mientras ambas hijas eran la viva imagen de la reina Halnia, Naiden era la de su padre, con sus rizos castaños y sus mejillas teñidas de un rojo intenso cuando se enfadaba o avergonzaba.

Ese sonrojo siempre había asustado a Dinaria, porque era la indicación de que, con toda probabilidad, el rey Bill Rose iba a regañarla por algo que había hecho. Pero esa vez no. En esa ocasión no bajó la mirada como su hermana, sino que alzó la barbilla y dio un paso adelante.

—Me prometisteis que durante esta semana podría hacer lo que quisiera.

—¿Y eso incluye darnos un susto de muerte? —le preguntó su madre, se levantó y se cruzó de brazos.

—¿Si os hubiéramos avisado nos habríais dejado ir?

—Con los guardias adecuados... —le respondió su madre, a pesar de que todos sabían que no era verdad.

—Ni siquiera lo habríais valorado —afirmó Dinaria, y sus padres suavizaron la expresión.

—Dinaria, sabes que es peligroso. No podemos arriesgarnos a que te ocurra nada —intentó razonar con ella su padre y, aunque dejó de lado la firmeza propia del rey que era, su tono no la amilanó.

—Solo era una fiesta. Apenas había alcohol. Además, llevo años entrenándome para enfrentarme a un puñetero dragón y que no muráis todos. Creo que está claro que puedo defenderme si hace falta.

Dinaria no supo si había sido por el tono o por el hecho de recordarles su terrible destino, no obstante, en esa ocasión quien se puso roja fue su madre, la cual avanzó hacia ella tan rápido que por un momento tuvo el impulso de dar un paso atrás.

—Quizá tengas la fuerza para enfrentarte a... esa horrible bestia, pero apenas vas a cumplir dieciocho años. No eres consciente de la realidad que te rodea y de todo lo que podría salir mal. Como padres, queremos protegerte y que seas feliz. Pero como reyes de Tarinia, también tenemos el deber de hacer todo lo posible para mantener a salvo a nuestro pueblo. Y, por mucho que confiemos en ti, debemos evitar cualquier complicación o riesgo. Podrían secuestrarte, podrías romperte algún hueso o ponerte enferma, o podrías enamorarte y marcharte con cualquiera.

Dinaria abrió mucho los ojos al escucharla mencionar la posibilidad de que se escapara, sin más.

—¿De verdad creéis que sería capaz de huir y dejar que la maldición destruyera el reino?

—Cariño, el amor y el miedo pueden hacer que incluso la persona más valiente y serena cometa locuras —le intentó explicar su padre, y Dinaria odió sentir que aún la vieran como a una niña inocente.

—Pues podéis estar tranquilos porque no estoy enamorada y nunca lo estaré —les aseguró.

Sin embargo, no se atrevió a negar que el miedo fuera capaz de atormentarla y, por las miradas apenadas de su familia, supo que se habían dado cuenta.

—Quedan solo dos días para tu cumpleaños. No deberíamos malgastar el tiempo discutiendo —intervino por primera vez Naiden, siempre con la voz de la razón preparada para apaciguarlos.

Nadie dudaba de que su hermano se convertiría en un gran rey. Trataba los conflictos con calma, siempre intentaba ser justo y era tanto inteligente como amable. Dinaria se sentía orgullosa de él, pero esa emoción siempre venía acompañada de una profunda tristeza porque lo más probable era que jamás pudiera verlo proclamado rey de Tarinia.

Al pensar en ello, de repente se sintió demasiado cansada para seguir discutiendo.

No importaba quién tuviera razón. Esa tarde había disfrutado como nunca, no había ocurrido nada malo y, aunque sus padres se habían llevado un buen susto, ya no habría más oportunidades de que aquel día se repitiera, por lo que no tenían nada de lo que preocuparse.

—Cumpliré con mi deber —les aseguró, sosteniéndoles la mirada uno a uno para transmitirles confianza—. Y si no consigo matar a ese dragón antes de que las espinas paralicen mi corazón —continuó, llevándose la mano al pecho— dejaré que el príncipe de Olwania me clave su daga para mantenernos a todos a salvo.

Ese era su deber como heredera de las rosas. Para que los dragones no traspasasen la barrera y destruyeran su reino, solo tenía tres opciones que, en todo caso, debía realizar antes de que las marcas de la maldición llegasen hasta su corazón. La primera era matar a un dragón y, si lograba tal hazaña, podría regresar a Tarinia para vivir el resto de su vida en paz. La segunda era no vencer al dragón y fuera este el que acabase con ella. Y la tercera se trataba de una alternativa a la segunda: si el dragón no la hería lo suficiente como para morir, el príncipe elegido en Olwania debía clavarle su daga en el corazón. Solo así, siguiendo las normas de esa terrible maldición,

la paz se mantendría hasta que una nueva heredera naciera tras ella y tuviera que enfrentarse al mismo destino.

Decenas de mujeres de su familia lo habían hecho antes que ella y, aunque el miedo la atormentara, no estaba dispuesta a ser la primera en provocar que los dragones pudieran traspasar la barrera mágica que protegía Tarinia y los redujeran a cenizas.

—Conseguirás matarlo como muchas de nuestras antepasadas lo han hecho y regresarás con nosotros para vivir una vida larga y feliz. Que no te quepa duda de ello —le dijo su padre sin vacilar y, al sentir esa seguridad, Dinaria no pudo evitar dar rienda suelta a todas las lágrimas que había reprimido durante los últimos meses, cuando más fuerte había tenido que mostrarse.

Antes de que se percatase, todos se habían acercado a ella para rodearla y abrazarla. Y pudo sentirse un poco menos culpable por permitirse bajar la guardia.

—Entonces no habrá ningún castigo, ¿no? —se atrevió a preguntar Nina, sin soltarse aún de su abrazo. Y, al escucharla, todos se rieron.

Capítulo 2



Aunque durante el día de su cumpleaños Dinaria podía librarse del entrenamiento, decidió levantarse temprano para calmar los nervios.

A partir de ese día no sabía con quién ni dónde practicaría sus técnicas. De hecho, ni siquiera sabía cuánto tiempo podría dedicar a prepararse y, al pensar en ello, siempre se le aceleraba el corazón y se le oprimía el pecho.

La única explicación que la heredera de las rosas recibía antes de pasar a la fase final de su entrenamiento era que tendría que desplazarse a Olwania. Nada más. Nadie podía contarle quién sería su entrenador, cuánto le enseñarían sobre la magia o hasta qué punto podría estudiar a los dragones. Y no porque no quisieran o hubiera una norma absurda que los obligase a mantener esa información de forma confidencial, sino porque no tenían contacto con el país vecino y, por tanto, nadie sabía lo que le depararía en el futuro cercano.

Aun así, sus padres la habían intentado calmar asegurándole que en Olwania contaría con meses, incluso más de un año entero, para seguir puliendo su fuerza y que los dragones y la magia no fueran durante más tiempo dos grandísimos interrogantes. Sin embargo, una parte de ella se resistía a confiar en el reino vecino. Y mucho menos en el príncipe que podía clavarle su daga y olvidarse de la molestia de supervisar sus capacidades o asegurarse de que no la fastidiara.

Como la mayoría de las veces, cansarse la ayudó a dejar la mente en blanco y a apartarse de la imagen que con los años había inventado del príncipe y del dragón. Sin embargo, en cuanto se tumbó en el suelo acolchado de la sala de entrenamiento, una estancia amplia dedicada solo a las herederas de las rosas, la maldición volvió a ocupar todos sus pensamientos.

Inspiró y expiró profundamente para relajarse mientras observaba las rosas doradas que había pintadas en las paredes y el techo. Meditar siempre había sido una parte fundamental de su formación. Consideraba que era una práctica que todo el mundo podía y debía aplicar en su día a día, más allá de rezar al dios Kaerys. Sin embargo, siempre había momentos en los que los nervios eran demasiado fuertes y la obligaban a enfrentarse a sus peores pensamientos, por mucho que se resistiera.

Aún en el suelo, Dinaria miró la espada de la maldición, la única que la heredera de las rosas podía utilizar para matar al dragón. Estaba colgada en la pared, lejos del resto de armas, y su metal rosado brillaba como si fuera recién forjado, como si decenas de mujeres no hubieran luchado con ella años antes contra las durísimas escamas de un dragón.

No sabía por qué la espada era de color rosa en su totalidad, a excepción del cuero negro del mango y de la funda. Se decía que había absorbido la sangre de esas bestias a las que se había enfren-

tado, pero probablemente se debía a la magia que la vinculaba con la maldición.

Suspiró y se tapó la cara con ambas manos, deseando gritar con todas sus fuerzas.

Teniendo en cuenta que solo las mujeres de su familia podían convertirse en la heredera de las rosas, era consciente de las altísimas probabilidades que cualquiera de ellas había tenido de nacer con esas marcas en las manos. Sin embargo, aunque no le deseaba aquel destino a nadie más, no podía evitar lamentarse de la mala suerte que había tenido. Mientras su madre, su hermana, sus tías y cualquier mujer con el apellido Rose podía vivir sin ese peso sobre sus hombros, ella tan solo tenía una mínima posibilidad de vencer y regresar para empezar a vivir su vida.

La maldición era sencilla y clara. La mujer que naciera con las marcas de las rosas en el dorso de sus manos tenía dos caminos a escoger para evitar que la destrucción se cerniera sobre Tarinia. O bien mataba a un dragón de Olwania con la espada rosada, la cual por suerte siempre reaparecía cuando se reiniciaba el ciclo, o bien moría, ya fuera por el dragón o por la daga del príncipe elegido clavada en su pecho. Pero una de las dos opciones debía llevarse a cabo antes de que las espinas de sus marcas, que avanzarían año tras año a través de su piel, le perforasen el corazón al cumplir la veintena.

Esa era la maldición que todo el mundo conocía en Tarinia desde que eran pequeños. Se contaba de padres a hijos, en la escuela, a través de canciones o incluso en obras de teatro que Dinaria nunca había querido ver. Sin embargo, había algunos detalles que no se solían mencionar y que, aun así, también eran de suma importancia. O, al menos, lo eran para ella.

Por ejemplo, nunca había escuchado a nadie dudar de la lealtad de Olwania en su colaboración con la maldición; incluso a pesar de que toda esa situación hubiera surgido precisamente de la enemistad que había perdurado durante siglos entre ellos. Y Dinaria

no lograba entender por qué. A diferencia de Tarinia, que era un país pacífico con grandes riquezas y buen clima, Olwania era un lugar frío, lleno de criaturas peligrosas y hambruna. Aquella gran diferencia entre ambos países era también fruto de la maldición. Se había creado ese extraño equilibrio en el que en uno de los territorios existía la calma y la felicidad y en el otro el caos y la magia, mientras permanecían separados y protegidos por una barrera que solo la heredera de las rosas podía traspasar.

Sus padres le habían repetido infinidad de veces que si no se cumplían los términos de la maldición, es decir, si ella o el dragón no morían, no solo Tarinia sufriría las consecuencias. El castigo de Olwania sería el de perder su magia y, aunque no era tan horrible como que unos dragones arrasasen un reino, era ya motivo suficiente para que colaborasen. Pero, a pesar de que los años respaldaban dicha afirmación, a Dinaria no le parecía suficiente y se preguntaba cómo de especial debía ser esa magia como para compensar la pérdida de la paz, la calidez o la felicidad de su país.

Otro de los detalles que odiaba y que nadie mencionaba era que apenas tenían información sobre el origen de la maldición. Lo único que sabían era que había surgido del odio puro entre dos personas de las familias reales de ambos países y que, por esa razón, eran sus descendientes quienes estaban vinculados a ella. Pero en ninguno de los escritos se explicaba por qué había sucedido y cuáles eran las palabras exactas que habían utilizado para crear ese ciclo infinito de sacrificios.

No sabía con exactitud qué era lo que sentía que faltaba. Había leído muchas novelas en las que los hechizos o conjuros se lanzaban siguiendo textos muy concretos. En esas historias siempre había una forma de deshacer la magia o invalidar sus efectos como quien encuentra un vacío legal en un contrato. Pero se trataba solo de eso: historias de ficción. Y sabía que, por mucho que sintiera que le faltaba información, no tenía los conocimientos de magia

necesarios como para saber si estaba en lo cierto o solo era resultado de su miedo.

Después de unos largos minutos sin hacer nada más que preocuparse, finalmente se levantó y regresó a su habitación a esperar que su familia despertara.

No tenía ninguna duda de que ese sería el peor cumpleaños de su vida. Aunque había una gran celebración por delante que habían planificado durante meses, en realidad era un día amargo tanto para ella como para su familia. Porque ese iba a ser su último día juntos antes de que partiera hacia Olwania al día siguiente. Y, por esa razón, aunque nadie mencionó la palabra «despedida», los cinco se reunieron por la tarde con la excusa de darle sus regalos en privado.

—¿En serio tienes que ir de rosa hoy? —preguntó Nina con la nariz arrugada y una mueca de disgusto—. El vestido es bonito, pero... —No terminó la frase. Directamente desvió la mirada hacia su madre como si ella pudiera encontrar una solución.

—Es el color de la heredera de las rosas. Hoy más que nunca todo el mundo espera que lo vista —le explicó su madre como había hecho muchas otras veces y Nina se limitó a resoplar para dejar bien claro lo que opinaba al respecto.

—Por lo menos ahora no tengo que llevar la armadura y la espada —comentó Dinaria al recordar que varios consejeros lo habían recomendado para reforzar su imagen de guerrera hacia los invitados y transmitir confianza. Por suerte, sus padres apenas se habían molestado en escucharlos.

—Quizá lleve yo una espada para que me dejen en paz. Así podré bailar toda la noche contigo —comentó Nina y se sentó a su lado a los pies de la cama, mientras sus padres y su hermano acercaban varias sillas a su alrededor.

Dinaria sonrió al ver la escena. Todos iban vestidos de forma muy elegante y, aun así, se habían reunido alrededor de su cama como si de una fiesta de pijamas se tratase.

—¿Vas a rechazar a tu larga lista de pretendientes por mí? —preguntó Dinaria en broma y simuló hacerse la sorprendida.

—No seas tonta —le respondió ella, riéndose—. Ni por asomo tengo tantos como Naiden. ¿Cuántas cartas de pedida de baile has recibido?

Naiden suspiró y se cruzó de brazos, sintiéndose incómodo de solo pensarlo. Aunque ya tenía la actitud de un rey y un gran carisma, en el fondo seguía siendo un chico vergonzoso.

—No quiero ni pensarlo —reconoció él.

—¿Desde cuándo se envían cartas para solicitar un baile? —preguntó su padre, rascándose la barba canosa.

—Desde que hay disponible un heredero al trono tan guapo —aseguró Nina y todos vieron el momento exacto en el que Naiden se sonrojaba.

—Ya basta, por favor. Estamos aquí para celebrar el cumpleaños de Dinaria —les recordó él y rápidamente cogió el paquete que había traído envuelto en un papel blanco brillante y se lo tendió a su hermana—. Feliz cumpleaños, Dina.

Ella le sonrió y empezó a abrir el regalo, agradecida por tener una distracción.

Aunque quería mucho a su familia y les deseaba una vida larga y feliz, en ese momento era demasiado duro para ella oírlos hablar de sus posibles pretendientes. Y no solo por ese futuro lleno de posibilidades que tenían por delante, sino también porque lo más probable era que no venciera al dragón y, por tanto, no podría conocer a sus parejas ni la historia que compartirían con ellas.

Se concentró en el regalo y sacó el contenido en alto para que los demás pudieran verlo. Se trataba de una edición especial de su libro favorito, con una encuadernación preciosa y brillante, y que, además, llevaba una dedicatoria personal de la autora para ella.

—Hay otra cosa más debajo —la avisó su hermano cuando ella ya empezaba a levantarse para darle un abrazo.

Cogió la extraña figura de madera tallada y la observó con detenimiento y con el ceño fruncido. Tenía la forma de una chica en pie, con la falda del vestido ondeando, sosteniendo una espada que apuntaba al cielo y con la mano izquierda apoyada en su pecho.

—Eres tú —le aclaró Naiden al ver su expresión confusa—. Así será tu escultura. Van a tardar en terminarla, pero voy a asegurarme personalmente de que quede lista cuanto antes.

Dinaria abrió la boca, pero no consiguió decir nada. De pronto, el nudo en su garganta se hizo mucho más grande, provocando que las lágrimas cayeran sin control por sus mejillas.

No todas las herederas de las rosas tenían una estatua en la capital. Solo se construían de aquellas que lograban vencer al dragón y volver victoriosas a Tarinia. Porque, aunque ninguna había fallado en su misión, lo que la gente quería recordar era que había esperanza, incluso para la persona que se sacrificaba por todos ellos.

El hecho de que su hermano hubiera iniciado la construcción de su estatua significaba muchas cosas. Daba a entender que tenía fe plena en ella y también que, pasara lo que pasara, se aseguraría de que todo el mundo la recordase, aunque no regresara a Tarinia.

—Gracias —consiguió decir al fin, aunque ni de lejos ese simple agradecimiento transmitía lo mucho que valoraba aquel regalo.

—El regalo de Naiden tendría que haber sido el último. No hay nadie que pueda superarlo —comentó Nina en broma, mientras a ella también se le escapaban algunas lágrimas.

Sin embargo, Nina estaba equivocada porque el resto de los regalos también hicieron llorar a Dinaria, entre una mezcla de amor, agradecimiento y profunda pena.

El regalo de Nina consistió en un anillo dorado con pequeñísimos diamantes rodeándolo, el cual Dinaria reconoció enseguida. Aunque no era la única ni la mejor joya de su hermana, sí era la que más valor sentimental tenía para ella. Desde bien pequeña aseguraba que era su anillo de la suerte y todos sabían muy bien

que nunca se lo quitaba, ni siquiera para dormir. Pero su hermana había renunciado a él, a su amuleto de la suerte, por ella.

En cuanto a sus padres, sus regalos fueron, por un lado, un retrato de ellos cinco, pintado cuidadosamente por su madre, y una cajita de música con la canción que su padre siempre les había cantado a todos de pequeños. No fueron caros ni ostentosos y, precisamente por ese motivo, porque se notaba que los habían escogido desde el corazón, le parecieron los mejores que había recibido nunca.

Desde hacía años, sabía muy bien que la despedida con su familia iba a ser dura. Pero el dolor que había sentido al imaginárselo, al intentar prepararse para ello, no fue nada comparado con el que estaba experimentando.

—Pase lo que pase, quiero que sepáis que os quiero más que a nada —empezó Dinaria, por fin armándose de valor para mostrarles sus sentimientos—. He tenido mucha suerte de teneros como familia y os prometo que lo daré todo por regresar a vuestro lado. Pero si aun así no es posible...

—Dinaria, no digas eso —la interrumpió su madre, pero Dinaria levantó la mano, pidiendo en silencio que la dejase expresarse.

—Por si no consigo regresar, quiero pedir os que viváis una vida larga y feliz por mí. Si cumplo con mi cometido, celebradlo y seguid siendo tan buenas personas como sois ahora. Y si es posible, evitad pelearos o discutir por tonterías que no merezcan la pena.

Al momento, todos se giraron para mirar a Nina y esta abrió mucho los ojos.

—¡Oye! —se quejó por la silenciosa acusación—. Que yo me porto muy bien. No es mi culpa que Naiden y tú siempre hayáis sido unos sosos.

—Ah, ¿sí? —dijo su hermano, levantándose—. Ya veremos quién se lo pasa mejor esta noche.

Dinaria notó cómo de repente la tensión se disipaba entre ellos y la tristeza les daba un respiro al esconderse de nuevo, aunque siempre estuviera acechante.

—Esta vez ninguno de los dos me va a ganar —declaró Dinaria, y estaba decidida a cumplir esa promesa.

Era muy extraño obligar al cuerpo a bailar, reírse y charlar cuando lo único que este pedía era tumbarse en la cama y esconderse bajo las sábanas. Pero también lo era el hecho de que, en ocasiones contadas, el corazón pidiese esa distracción para descansar y olvidarse del dolor. Sobre todo cuando, en el caso de Dinaria, finalmente se había resignado a aceptar que apenas le quedaban unas horas para estar junto a su familia.

No recordaba una noche en la que se hubiera esforzado tanto por encajar y pasárselo bien. Había sido divertido ayudar a sus hermanos a escapar de sus pretendientes. Había probado y zampado toda la comida posible hasta el punto que le había dolido la tripa. Y había bailado hasta que le dolieron los pies, sin importarle si seguía bien los pasos como el resto de los nobles. Pero a esas alturas de la noche, con el salón casi vacío, ya se había quedado sin fuerzas y su corazón había vuelto a dejar paso a la tristeza.

—¿Estás bien?

Dinaria se encontraba en uno de los balcones del salón. Al igual que muchos de los invitados durante la noche, había decidido salir para refrescarse y buscar un poco de paz. Pero en vez de regresar y volver a poner a prueba su equilibrio bailando sobre sus tacones, sin darse cuenta, se había perdido los últimos momentos de la fiesta.

Se giró, aún apoyada en la barandilla de piedra blanca, y miró a su hermano. Tenía el pelo castaño despeinado, la camisa desabotonada y llevaba una botella de vino y dos copas.

—No puedo beber —le recordó, sin responder a su pregunta a propósito.

—No va a pasar nada por una copa. Te ayudará a relajarte aunque sea un poco —le aseguró él, acercándose. Después de apoyar las copas en la barandilla, le sirvió vino.

Las herederas de las rosas tenían prohibido beber desde que una de ellas había desarrollado una peligrosa adicción. Dinaria se imaginaba que no había sido la primera en buscar una vía de escape. Estaba segura de que muchas habían querido olvidar su destino nublando sus sentidos, porque incluso ella lo había pensado. Y, por esa razón, entendía por qué era una tentación demasiado peligrosa. No obstante, a esas alturas dudaba de que una copa pudiera hacerle daño. Así que, sin decir nada, la cogió y bebió sin dejar de mirar el cielo estrellado y la sombra de las montañas a lo lejos.

—¿En qué estabas pensando? —se atrevió a preguntarle Naiden, sin rendirse tan fácilmente.

—En el príncipe —soltó ella y volvió a dar un largo trago al vino blanco. Era dulce, pero comprobó que el regusto a alcohol le parecía repugnante.

—Dinaria...

—No estoy pensando en la daga, es solo... ¿Cómo vamos a poder actuar con normalidad mañana cuando nos conozcamos? Si fallo, tendrá que cumplir con su deber. ¿Cómo vamos a convivir hasta entonces?

«Suponiendo que no me mate en cuanto pueda», pensó, pero se guardó esos miedos solo para ella.

Naiden meditó sobre sus dudas mientras bebía de su propia copa, sin prisa, y se apoyaba también en la barandilla.

—Olwania es muy distinta a Tarinia. No hay duda de que colaborarán en la maldición, pero supongo que no puedes esperar amabilidad de su parte. Por mucho que papá y mamá te hayan pedido decenas de veces que evites causar problemas, mi consejo es que no te amilanes ante ellos. No permitas en ningún caso que te hagan sentir mal de ninguna forma. Aunque tengas un deber, eso no significa que puedan utilizarte como quieran, ¿me entiendes?

No sé qué clase de persona es el príncipe, pero si te hace algún daño más allá de la maldición, no dudes en defenderte.

Dinaria apenas pudo sostener la mirada de su hermano al ver el fuego que se escondía tras sus ojos. Sabía que sería un rey bondadoso, pero en ese momento fue consciente de la fuerza y dureza con la que podría enfrentar a sus enemigos.

Mientras se terminaba la copa, ella intentó asimilar sus palabras. No sabía con exactitud qué tipo de amenaza se imaginaba su hermano, pero a Dinaria le gustó imaginar ser tan fuerte como este le pedía.

—Lo digo en serio, Dina —siguió Naiden como si hubiera sido capaz de leer los pensamientos de su hermana y supiera que ella en el fondo no le daba importancia—. Tu deber es matar al dragón y cumplir con la maldición. Has sido una heredera de las rosas ejemplar y nunca te estaremos suficientemente agradecidos. Pero, ante todo, eres Dinaria Rose. Así que nunca permitas que nadie te considere solo un sacrificio.

Cuando se dio cuenta de que había dejado de respirar, se obligó a inspirar profundamente y luego se abalanzó sobre su hermano para abrazarlo.

Quiso agradecerle todo lo que había hecho. La esperanza y fe en ella a través de la estatua que le había regalado. Todas las veces que se había preocupado por su bienestar. El modo en que siempre intervenía en las riñas con sus padres para recordarles que no merecía la pena discutir. Y ahora la fuerza que intentaba transmitirle para asegurarse que su mejor armadura fuera su propia autoestima. Sin embargo, no encontró palabras que pudieran expresar ese profundo agradecimiento. Solo pudo abrazarlo y rezar a los dioses, si es que existían, para que cuidaran de su familia.

—Te prometo que estaré bien —dijo, aunque sus palabras le supieron tan mal como el vino.

Capítulo 3



Apenas durmió durante lo que quedaba de noche. En cuanto se metió en la cama, empezó a dar vueltas y más vueltas, con los oídos pitándole aún por la música de la fiesta. Y cuando al fin logró rendirse al sueño, solo pudo descansar una hora antes de que una de sus doncellas la despertara para que se preparara para su partida.

Oficialmente, su marcha estaba planificada para ese mediodía. Aquella era la versión que habían dicho para evitar que la gente se concentrara a verla marchar. Así que cuando todo el mundo empezase a reunirse, Dinaria ya llevaría horas de viaje por el bosque que separaba ambos países.

A diferencia del día anterior, su familia no se entretuvo en despedidas.

Cuando Dinaria apareció en los jardines, ya iba vestida con su armadura rosa, la cual se ceñía a su cuerpo y parecía cubierta de decenas de escamas. En contraste con las armaduras plateadas que llevaban los cuatro soldados que la acompañarían en su viaje, la

suya estaba fabricada para permitirle moverse con rapidez y agilidad, como si en vez de metal llevase una segunda piel. Por otro lado, tampoco tenía un casco tan grande como ellos. El suyo era más bien una corona de púas afiladas con el objetivo de que estas se clavaran en el dragón si este intentaba agarrarla de la cabeza. Los guardias ya la esperaban para partir.

—Nos vemos pronto, ¿vale? —le susurró Nina mientras intentaba abrazarla con fuerza a pesar de la armadura.

Después de ella, sus padres y su hermano Naiden también la abrazaron.

—Estamos muy orgullosos de ti —le dijo su padre, sin atisbo alguno de la autoridad que caracterizaba al rey Rose.

—Cuando vuelvas montaremos una gran fiesta. Una en la que te lo pases mucho mejor —le susurró Naiden.

—Te quiero, Dinaria. Pase lo que pase, siempre te querremos —le aseguró su madre con la voz rota.

Pero ella fue incapaz de decirles nada. Contuvo las lágrimas y los miró una última vez, grabando en su memoria sus rostros, antes de subirse a su caballo blanco, colocar la espada de la maldición en su espalda y poner rumbo a su destino.

A pesar de que era posible intuir la silueta de las montañas desde la pequeña ciudad, en realidad estaban más lejos de lo que parecía. Sobre todo porque el bosque se volvía mucho más denso a medida que uno se adentraba en él y eso ralentizaba la marcha. Aunque a Dinaria no le molestó que fueran a paso lento, o que tuvieran que detenerse cada pocos minutos para asegurarse de que iban por el camino correcto. No tenía ninguna prisa y el bosque era tan verde y puro que era agradable pasear por él mientras descubría nuevas flores, formas de hojas y animales pequeños.

Tras varias horas de trayecto, decidieron parar a comer. En otras circunstancias, no se habría obligado a llenar el estómago al

notarlo cerrado y revuelto por los nervios. Sin embargo, según los guardias, les quedaba muy poco para llegar al punto de encuentro y la chica dudaba de que pudiera comer tranquilamente durante las horas que le quedaban por delante. Aunque cabía la posibilidad de que los guardias de Olwania, o quien quiera que la esperase, la tratase con alguna pizca de amabilidad, sabía muy bien que debía esperar lo peor.

Cuando terminaron y se subió al caballo, intentó no pensar en lo débiles que sentía las piernas o en cómo le sudaban las manos, a pesar de que la temperatura iba bajando cuanto más se acercaban a la frontera mágica que dividía los reinos. Para ello, se obligó a concentrarse en cómo el bosque iba cambiando poco a poco de aspecto hacia una vegetación más oscura. Parecía incluso que los animales se iban volviendo más recelosos y un silencio inquietante y expectante los envolvió.

Después de avanzar durante horas a través de la densa vegetación, por fin apareció ante ellos un camino de tierra. No obstante, en cuanto los caballos lo pisaron, los guardias detuvieron la marcha.

A Dinaria le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta de que habían llegado al punto de encuentro, justo donde se encontraba la barrera mágica que separaba ambos países: una cortina de luz ondulante casi imperceptible.

Como solo ella podía cruzarla, la comunicación con Olwania era casi nula. Pero, aun así, se las habían arreglado para construir un pilar justo en el centro, donde cada ciertos meses o años dejaban cartas para informarse del nacimiento de la siguiente heredera de las rosas y estipular fechas concretas para su entrenamiento.

Detrás del pilar de piedra, había cuatro hombres esperándola y, aunque solamente dos de ellos llevaban armaduras doradas, la chica se sintió intimidada por su aspecto y el de sus grandes caballos negros, más altos y corpulentos que los suyos. Le dio un

escalofrío, tanto por el frío que de repente los rodeó como por las miradas de todos ellos observándola.

Al notar su escrutinio, se enderezó con la intención de mostrarse segura. Sin embargo, el instinto le falló en cuanto su mirada se desvió en busca de la daga de la maldición colgada de sus cinturas o en alguna de las alforjas.

El hombre que iba montado sobre el caballo más grande e imponente carraspeó y Dinaria levantó al instante la mirada para cruzarse con sus ojos azules, tan profundos como el océano. Aunque no llevaba armadura, el hombre, que apenas debía tener unos pocos años más que ella, tenía cuerpo de guerrero. Y no solo por su envergadura, sino también por su postura firme y tensa, como si estuviera preparado para luchar en cualquier momento.

Dinaria odió reconocer que tanto él como el hombre joven que lo acompañaba, también sin armadura, eran muy apuestos. Y ese pensamiento hizo que rompiera enseguida el contacto visual con él. Lo último que quería era ruborizarse frente a ellos nada más conocerse.

—Ya podéis volver y decirle al rey Rose que todo ha ido bien. Nosotros continuaremos desde aquí —les dijo a los guardias el hombre de ojos azules con voz autoritaria. Y, sin esperar respuesta alguna, cogió las riendas y dio la vuelta.

Mientras el resto de los hombres que lo acompañaban empezaron a imitarlo, Dinaria se despidió de los guardias de Tarinia con un movimiento de cabeza y una sonrisa. Habría preferido dedicarles algunas palabras de agradecimiento, quizá algún pequeño discurso motivador que pudieran explicar a sus familias para que la recordaran con orgullo por su valentía. Sin embargo, se limitó a seguir a esos desconocidos, con un nudo en la garganta demasiado grande como para poder honrar a su propia memoria o mejorar la primera imagen que causaba en la gente de Olwania.

¿Las anteriores herederas de las rosas habrían sido más valientes en su situación? ¿Habrían exigido más respeto mientras los guar-

días de armaduras doradas se situaban a su lado para vigilarla como a una delincuente?

Detuvo el flujo de sus pensamientos inspirando hondo. En vez de dar respuesta a esas preguntas, se centró en cómo el frío se acentuaba a su alrededor a pesar de haber avanzado tan solo unos metros y en cómo el bosque de repente parecía más tenebroso, más ruidoso, peligroso y, curiosamente, más vivo.

—¿Cómo te llamas?

Dinaria se sorprendió cuando después de varios minutos de marcha, el hombre sin armadura, de pelo castaño claro y ojos color miel, se dirigió a ella con una amplia sonrisa.

Después del recibimiento tan seco y silencioso, no había esperado ningún interés por su parte, salvo el de evitar que escapara a través de ese bosque que parecía observarles.

—Dinaria —respondió ella, obviando el apellido Rose que seguro conocían de sobra.

—Yo soy Karl, el único que te salvará del aburrimiento en el castillo de las montañas. Y este es... —se paró un momento e hizo una mueca al mirar al hombre de ojos azules que dirigía la marcha, dándoles la espalda como si no le importara si le seguían el ritmo o no— nuestro queridísimo príncipe Abel Thorn, del que te habrás dado cuenta que destaca por ser amable y sociable con todo el mundo.

Dinaria frunció el ceño por muchos motivos. Por un lado, le pareció extraño que Karl bromeara de forma tan abierta de su príncipe, teniendo en cuenta la rigidez y seriedad que este desprendía. Y, por otro, se preguntó por qué Abel no había hecho siquiera el esfuerzo de presentarse por sí mismo.

Supuso que, o bien era bastante tímido y reservado, o bien era un imbécil a quien le importaba lo más mínimo su presencia. Y Dinaria tenía muy claro cuál de las dos opciones era la más probable.

—Pues es un placer conoceros —dijo ella, sin importarle que pudieran notar la falta de sinceridad y emoción en su voz.

Al responder, observó con atención la espalda fuerte de Abel. Mientras esperaba algún tipo de reacción, se fijó en que tenía su pelo largo, liso y negro atado en un moño descuidado del que se habían soltado varios mechones. Pero el hombre siguió impassible, como si su conversación no tuviera nada que ver con él. Y, en el fondo, a pesar de que le molestase su actitud, agradeció no tener que verle la cara al que con toda probabilidad se convertiría en su asesino en unos meses, semanas o, quizá, incluso tan solo días.

Karl resultó ser la mejor compañía posible durante las horas de trayecto que tenían por delante. Al principio, Dinaria se sintió incómoda al escucharle hablar sin parar de temas aleatorios como el tiempo, todo lo que le parecía fascinante del bosque o todo lo que le apetecía comer y beber en cuanto llegaran. Sin embargo, lo que en un primer momento creyó una verborrea sin sentido, luego lo entendió como un esfuerzo para romper el silencio. Y, aunque dudaba de que lo hiciera solo para que ella se sintiera cómoda, la joven agradeció ese tipo de amabilidad.

O al menos lo hizo en parte, porque avanzar irremediamente hacia su destino, acompañada del príncipe que la mataría si fallaba, no era una situación de la que pudiera dejar de preocuparse sin más.

Por suerte o por desgracia, desear no llegar nunca al final del camino hizo que la otra mitad del trayecto pareciera más corta. Aunque sin duda se debió a que los caminos estaban despejados y a que el príncipe Abel los había conducido a una marcha más acelerada. O quizá incluso los propios caballos habían avanzado más deprisa al notar cómo el frío se intensificaba por momentos durante la tarde.

Fuera cual fuera la razón, el caso es que el grupo llegó frente al gran castillo, situado a los pies de las montañas, antes de que las

luces anaranjadas del atardecer le dieran paso a una noche helada. Mucho antes de lo que Dinaria había esperado, a pesar de no saber cuál era la distancia que habían tenido que recorrer.

Observó el castillo de piedra gris ennegrecida por la humedad, los tejados inclinados recubiertos de azulejos negros y brillantes y las ventanas estrechas y simples. Pero, aunque parecía sacado de sus peores pesadillas, a la joven no le importó en absoluto. Su miedo se concentró en las altas montañas que había tras el edificio y en las lejanas bestias que volaban sobre ellas, cuyas siluetas se negaba a reconocer.

Karl suspiró aliviado cuando se acercaron al castillo y, ya fuera por los nervios o porque de alguna forma se había ganado su simpatía, a Dinaria se le escapó la risa. Porque después de haberse pasado horas escuchándole, tendrían que haber sido ellos quienes suspirasen de alivio.

Al oírla, Karl le sonrió y se bajó con destreza de su caballo para acercarse al de ella.

Dinaria se aferró a las riendas por instinto, preparada para cualquier tipo de agresión. Pero cuando el joven llegó hasta ella, lo que hizo fue tenderle la mano con cortesía para ayudarla a bajar.

Al verlo más de cerca, pudo identificar los hoyuelos que acompañaban a su sonrisa amigable, así como también la larga cicatriz que le partía la ceja derecha y le llegaba hasta el pómulo.

Decidió aceptar su mano para evitar estropear lo que parecía ser un primer atisbo de hospitalidad. O, al menos, eso es lo que se dijo para evitar sentirse demasiado ingenua mientras confiaba en esos ojos color miel.

—Vosotros encargaos de los caballos —dijo el príncipe a los guardias tras desmontar. Luego se giró hacia ellos, aunque solo miró a Karl—. Entremos.

Karl asintió y luego asintió hacia Dinaria para indicarle con un gesto que también los acompañara.

La joven tardó un par de segundos en reaccionar. Por un momento, su cuerpo quiso hacer todo lo contrario de lo que el príncipe le pedía. Pero el sentido común se impuso, obligándola a avanzar junto a ellos hasta las grandísimas puertas de ébano.

Mientras Abel abría una de las pequeñas puertas que había integradas en las más grandes, sin duda para mayor comodidad, Dinaria se atrevió a estudiarle de reojo. Le sacaba dos cabezas de altura, mientras que Karl solo una, y tuvo que reconocer a regañadientes que de cerca era mucho más atractivo, incluso a pesar de sus ojeras y de su aspecto algo desaliñado, debido a la sombra de una barba incipiente y los mechones que ocultaban en parte su mirada.

Tras abrir la puerta, Abel se hizo a un lado y les indicó que se adentraran. Karl no dudó ni un momento en ser el primero en hacerlo y Dinaria inspiró hondo antes de seguirle.

Al pasar frente a él, la joven notó la mirada del príncipe sobre ella, pero se negó a devolvérsela, incluso a pesar de que lo más sensato sería no perderle de vista ni un segundo.

Nada más entrar, Dinaria notó agradecida que mantenían el interior del castillo caliente. Sin embargo, en vez de relajarse ante el cambio de temperatura, se puso más tensa al ver que frente a ellos había varias personas esperándolos y observándolos con atención.

Algunos llevaban uniformes y otros vestían de forma humilde, así que supuso que se trataban de los trabajadores del castillo.

Les sonrió incómoda y desvió la mirada para observar el gran recibidor del castillo, que estaba iluminado por grandes esferas de cristal.

Al ver desde fuera lo pequeñas que eran las ventanas, había esperado un interior oscuro, lúgubre y húmedo. En cambio, era luminoso, decorado con tonos cálidos y múltiples flores que desprendían un aroma agradable.

—Esta es la princesa Dinaria de Tarinia —anunció Abel—. Como ya sabéis, se va a quedar un tiempo, así que ayudadla con todo lo

que necesite. Ilayla y Herla, ¿podéis llevarla a sus aposentos? Ha sido un viaje largo y necesitará descansar.

Dos mujeres, una pelirroja con largos bucles a su espalda y la otra bajita y delgada, con el pelo negro corto hasta la altura del mentón, se acercaron a ella. Pero se detuvieron al ver que Dinaria levantaba las manos y se giraba hacia Abel, quien había empezado a alejarse.

—¿Y ya está? —preguntó ella, alzando la voz—. ¿No me vais a explicar qué voy a hacer estos días? ¿O cuándo se supone que voy a enfrentarme al dragón?

Abel se giró para mirarla con una inexpresividad que la hizo enfadar aún más.

—Primero entrenarás para que podamos juzgar si estás a la altura. Y sobre cuándo vas a enfrentarte a tu destino... aún es pronto para decidirlo.

—¿Y quién se supone que va a decidir cuándo estoy preparada? ¿Tú? —preguntó Dinaria, apretando los puños a sus costados.

Abel frunció el ceño, lo cual ensombreció su mirada. Esta vez no dejaba de contemplarla como si de repente ya fuera consciente de a quién había traído a su castillo.

El hombre abrió la boca, decidido a responder, sin embargo, en el último momento decidió no formular ninguna palabra. En vez de eso, suspiró y cerró los ojos. Cuando volvió a mirarla, había vuelto a perder cualquier destello de emoción.

—Llevala a sus aposentos, por favor —pidió de nuevo el príncipe a las dos mujeres, y luego se giró para marcharse, dando por zanjada su conversación.

—Bueno, podría haber ido peor, ¿no? —comentó Karl en cuanto el príncipe desapareció de su vista. Y sonrió a todos como si de verdad lo creyera.

La mujer pelirroja que estaba a su lado puso los ojos en blanco y se giró hacia Dinaria con una sonrisa amable que o bien era sincera, o bien estaba muy bien entrenada.

—Como decía mi abuela, es mejor dejar los asuntos importantes para después de llenar el estómago o tras dormir como es debido —le dijo, haciendo caso omiso a Karl—. Y en tu caso se nota que necesitas ambas cosas. Así que, si te parece bien, te puedo acompañar hasta tus dependencias mientras Ilayla va a buscar tu cena.

Dinaria se sintió reacia a aceptar a pesar de notar las quejas de su estómago vacío y los párpados pesados. Aún notaba el corazón acelerado, instándola a seguir los pasos de Abel para exigirle respuestas. Pero, por suerte, el sentido común contuvo su rabieta y finalmente aceptó seguir a Herla por el castillo hasta sus aposentos.

—¿Dónde están los reyes? —preguntó Dinaria, una vez ya calmada.

No había esperado un gran recibimiento. De hecho, aún seguía esperando que Abel apareciera de pronto y le clavara la daga. Pero aun así le pareció extraño que solo el príncipe y unos pocos trabajadores y guardias estuvieran presentes en el castillo.

—El rey Julian y la reina Maverine, así como también la princesa Elwine, no han podido venir. Este castillo está muy alejado de la capital y el camino es peligroso. No solo hay dragones en esta montaña —añadió Herla en un susurro que le puso a Dinaria los pelos de punta—. Así que se han quedado en la capital por seguridad.

—Lamentan no poder estar, pero nos han pedido que te demos las gracias por todo tu esfuerzo y dedicación —añadió Ilayla sin desviar la mirada del camino.

—Ah, sí. ¡Sí! —repitió Herla, con un chillido que reverberó por el pasillo—. Claro que sí. Por supuesto. Todos te estamos muy agradecidos.

Dinaria asintió, un tanto cohibida, sin saber qué responder y sin poder dejar de darle vueltas a qué más criaturas había en esas montañas aparte de los dragones. Al final optó por el silencio para intentar relajar la presión creciente que sentía en el pecho.

Nada más llegar a la que sería su habitación, las mujeres la dejaron un momento a solas para que se quitara la armadura, se vistiera con un camisón y una bata morada que le habían preparado y se tomase el tiempo necesario para asearse.

Desde hacía mucho tiempo, sabía que llegar a Olwania no sería fácil en muchos sentidos. Tenía mucho que aprender, en especial sobre la magia y los dragones, y estar sola rodeada de desconocidos no suavizaba la presión. No obstante, jamás habría esperado que el primer problema con el que tendría que lidiar sería una bañera.

Con las mejillas ardiendo de vergüenza, salió vestida con la bata al pequeño salón de sus dependencias, donde Herla e Ilayla se habían sentado a esperarla.

—Yo... esto... —empezó Dinaria, sin encontrar las palabras—. ¿Me podéis ayudar con la bañera? No he visto ningún cubo por ningún sitio y cuando me he puesto a investigar, he girado una pieza y el agua ha empezado a salir de golpe. ¿La he roto?

Herla e Ilayla parpadearon y luego se miraron entre ellas. Cuando empezaron a desternillarse de risa, Dinaria se ruborizó aún más.

—¿No tenéis agua corriente en Tarinia? —le preguntó Herla, mientras se levantaba y se secaba un par de lágrimas.

Cuando entró en su habitación, Dinaria la siguió.

—¿Agua corriente?

—Vale, por tu respuesta entiendo que no —dijo Herla, cruzando la puerta del baño, desde donde se escuchaba el agua salir con fuerza—. No sé qué me parece más duro, si tener que enfrentarte a un dragón o tener que calentar cubos de agua cada vez que quieras lavarte. Aunque bueno, supongo que al ser una princesa otros se habrán encargado de eso, ¿no?

—Sí... —empezó a responder Dinaria, pero se calló al ver cómo Herla giraba las válvulas para regular la intensidad. Al cabo de pocos segundos, aparecieron volutas de vapor—. Es increíble.

—Si te soy sincera, incluso a mí me sorprende que haya agua corriente en este castillo teniendo en cuenta lo aislado que está. Pero entiendo que no repararon en gastos cuando lo construyeron.

—¿Cómo funciona? —le preguntó Dinaria mientras seguía llenándose la bañera.

—Ostras, no soy fontanera. —Pero algo en la expresión de Dinaria hizo que Herla se cruzara de brazos y ladeara la cabeza, pensativa—. La respuesta más rápida sería decirte que es magia y ya está. Y no es mentira. Pero existen muchos tipos de poderes. Supongo que tampoco tienes ni idea sobre la magia de nuestro país, ¿no? —Al ver que Dinaria negaba con la cabeza, Herla suspiró—. Para que te hagas una idea, algunas personas tienen un don especial que puede ser mental, de fuerza o bien de energía. Seguro que en Tarinia hay personas que tienen una gran voz o una gran inteligencia, muy por encima de la media. Pues imagínate que la magia es parecido a eso, pero mucho más intenso. Los magos son capaces de influir en el mundo físico, en su propio cuerpo o en su entorno y moldear incluso la realidad. Si entiendes eso, no te costará imaginar como estas mismas personas han sido capaces de crear sistemas como el agua corriente o la luz.

Al señalar la esfera que había en el techo, que iluminaba la sala del baño, Dinaria se quedó con la boca abierta. Y no la cerró hasta que Herla apretó un botón que había en la pared, mostrándole cómo se encendía y se apagaba.

—Pero ¿cómo es posible que exista la magia?

Herla la estudió y luego se inclinó para girar las válvulas y cortar el agua.

—Creo que eso es como preguntar cómo es posible que exista la gravedad —dijo Herla, riéndose—. Es una energía más, pero la maldición aisló a Tarinia de ese flujo. Debes ser la única que sigues conectada a ella —le dijo, señalando sus manos tatuadas—. Y ahora,

por favor, báñate. La cena llegará rápido y te prometo que Ilayla se vuelve insoportable cuando tiene hambre.

Herla le guiñó un ojo antes de dejarla a solas en el baño.

Dinaria se aseó sin entretenerse demasiado. Jugó un poco con las válvulas, intentando adaptarse a ellas, e incluso apretó varias veces el botón de la luz. Pero más allá de eso, se lavó con rapidez y se vistió con el camisón y la bata antes de volver a salir al salón.

Allí Ilayla y Herla ya la esperaban con tres platos de carne guisada y verduras humeantes. Dinaria supuso que alguien del servicio habría traído los platos, los cubiertos, así como también dos botellas de agua y vasos.

—¡Por fin! —dijo Herla, dando algunas palmadas de alegría—. Ilayla ya me había empezado a castigar con su silencio.

—Princesa, pronto descubrirás que Herla es una exagerada nata —dijo la otra.

Al ver cómo Herla ponía los ojos en blanco, Dinaria no pudo evitar reírse. Y, al hacerlo, su risa le sonó extraña, fuera de lugar. Se suponía que debía sentirse intimidada, no cómoda. Y, sin embargo, se sentó junto a ellas para cenar.

Mientras comían en la pequeña mesa de madera que había en el salón que conectaba dormitorio y vestidor, las mujeres le hicieron varias preguntas para terminar de organizar su llegada.

—¿Tienes algún tipo de alergia? Para indicárselo a los cocineros —le preguntó Ilayla.

—Creo que eso deberíamos haberlo preguntado antes de la cena —murmuró Herla, cogiendo más carne con el tenedor.

—No, que yo sepa —respondió Dinaria y se puso tensa. ¿Querían indagar en sus puntos débiles?

Al recordarse a sí misma que debía morir o bien por el dragón o bien por la daga, volvió a calmarse.

—Normalmente comemos juntos en uno de los salones. Sabemos que esto es... inusual, teniendo en cuenta tu título de princesa.

Pero estás más que invitada a unirme siempre que quieras. También respetaremos que quieras comer a solas en tus aposentos, solo queremos que sepas las opciones que tienes —le explicó Herla.

Al ver su amplia sonrisa, Dinaria le respondió con otra. ¿Era ingenuo por su parte que estuviera empezando a sentirse a gusto?

—¿Cómo va a ser mi rutina de entrenamiento? —preguntó Dinaria esta vez, antes de comer otro bocado.

—Mañana concretaremos los detalles. Podrás hablar de la parte aburrida con Karl —le dijo Herla, e Ilayla resopló.

—Hay un campo de entrenamiento, aunque este no estará disponible por las mañanas. Los guardias entrenan a primera hora, pero será todo tuyo el resto del día, a partir del mediodía —le explicó Ilayla—. También puedes salir a pasear por los jardines o bien acceder a la biblioteca. De hecho, puedes recorrer el castillo a tu aire, sin problema.

Dinaria asintió. El resto de las preguntas fueron sencillas, como, por ejemplo, cuál era su talla o a qué hora quería que le llegara el desayuno a los aposentos. Pero cuando terminaron de cenar y se acercaron al sofá rojo de tres plazas que había en ese mismo salón, justo en frente de la chimenea que había encendido Ilayla mientras ella se bañaba, las preguntas dieron un giro inesperado.

—Debe haber sido muy duro dejar tu vida atrás —empezó Herla, mientras se sentaba en una esquina del sofá e Ilayla las imitaba, acomodándose en uno de los sillones de cuero marrón oscuro—. ¿Tienes a alguien especial esperándote?

Dinaria miró a Herla, confusa, mientras esta la observaba con curiosidad, jugando de forma distraída con sus rizos pelirrojos.

Ambas mujeres eran muy guapas, cada una a su manera. Herla tenía una belleza inocente, con sus rasgos redondeados y sus ojos grandes y verdes. A diferencia de Ilayla o de la propia Dinaria, su cuerpo era mucho más voluptuoso y relleno. Ilayla, en cambio, era muy menuda y delgada, aunque debajo de la ropa se percibía un

cuerpo entrenado. Y sus rasgos eran más angulosos, con una mirada rasgada que solía desviar, a veces con timidez y otras como si su mente se hubiera alejado a un lugar donde solo ella podía llegar.

Mientras las observaba con detenimiento, se preguntó si la magia de Olwania tendría algo que ver con el hecho de que toda su gente fuera tan atractiva. ¿O quizá era el príncipe quien había escogido a personas bien parecidas para sus puestos de trabajo?

—A mi familia —respondió escuetamente y sin mucho ánimo. Hasta ese instante había conseguido evitar pensar sobre cómo se sentirían en esos momentos o qué estarían haciendo, y no estaba preparada para hablar sobre ellos a unas desconocidas, por muy amables que fueran.

—Bueno, yo me refería más bien a algún amante o quizá incluso a alguien de quien estés enamorada —concretó ella, y Dinaria no pudo evitar sonrojarse por su inocencia.

—Ah... No, nadie. He estado siempre demasiado ocupada entrenando —respondió y se encogió de hombros, intentando mostrarse indiferente al respecto.

Ilayla y Herla intercambiaron una mirada indescifrable mientras Dinaria intentaba no cambiar su expresión ante el silencio incómodo.

A lo largo de los años, Dinaria había tenido algunos amigos, pero debido a sus estilos de vida tan diferentes, ninguna amistad le había durado demasiado. No acudía a fiestas, no entendía de tendencias ni modas y su tiempo era bastante limitado. Al final, se había hecho más que palpable la gran distancia que había entre ella y los chicos y chicas de la corte. Una distancia que a Dinaria se le había hecho demasiado difícil acortar con los años, hasta que al final se había rendido para no sentirse incomprendida y abandonada nunca más.

—¿Quieres decir que nunca te ha gustado nadie? —se atrevió a preguntar Ilayla, y Dinaria frunció los labios.

—No, en realidad. Creo que habría sido egoísta por mi parte teniendo en cuenta que... Bueno, ya sabéis. Y a mis padres tampoco les hubiera hecho ninguna gracia. Nunca me lo han prohibido de forma expresa, pero estoy segura de que me habrían convencido para dejarlo estar de haber sido el caso.

—¡Pero eso no puede ser! —soltó Herla, gritando, y la princesa dio un brinco—. Precisamente porque tu vida puede acabar tan pronto, deberías haberla aprovechado al máximo. ¿No te gustaría enamorarte y saber qué se siente?

—Herla... —intentó intervenir Ilayla, pero la mencionada levantó ambas manos y negó con la cabeza para indicarle que la dejase seguir.

—¿Por lo menos te has acostado con alguien alguna vez? —Cuando Dinaria negó con la cabeza, Herla resopló con fuerza—. Entiendo que el deber es lo más importante, pero me niego a aceptar que alguien se sacrifique tan joven y ni siquiera haya experimentado lo mejor del ser humano. Me parece horroroso. Así que eso va a cambiar —aseguró la mujer mientras se echaba los rizos a su espalda, muy segura de sí misma.

—¿A qué... a qué te refieres? —se atrevió a preguntar Dinaria, un tanto confusa a la vez que emocionada. Ni siquiera su hermana Nina había sido tan contundente al respecto y eso que siempre la había intentado convencer para saltarse las normas.

—A que vas a empezar a vivir, aunque sea un poco. Y nosotras te vamos a ayudar. ¿Verdad, Ilayla?

La otra mujer sonrió un tanto cohibida y asintió hacia Dinaria sin dudar. Ilayla no era tan transparente con sus emociones como lo era Herla, no obstante, su silencio y su timidez le gustaban a la princesa. De alguna forma, su personalidad reservada le hacía parecer una buena persona en la que confiar.

A Dinaria le gustó su entusiasmo. No creía que fuera posible por múltiples razones, pero aun así se rio contenta por el simple

hecho de que alguien fuera de su familia estuviera dispuesta a esforzarse por ella. Y solo por eso, incluso a pesar de no confiar en el resultado, aceptó su propuesta.

—¡Estupendo! Entonces nos encargaremos —le aseguró Herla—. ¿Alguna preferencia? ¿Chicos, chicas, ambos? ¿Algo que odies o que te encante? Si prefieres las chicas, quizá podamos ponerle solución rápido —y conforme lo decía le guiñó un ojo, inclinándose hacia ella.

Dinaria se puso colorada al instante e inconscientemente negó con la cabeza, lo cual le provocó una carcajada a Herla.

—Bueno, si alguna vez cambias de opinión, solo tienes que decirlo.

La princesa asintió y casi pudo oír en su cabeza la voz de Nina pidiéndole que se dejase llevar. Aunque, teniendo en cuenta que a su hermana le atraían las mujeres, sin duda habría aceptado la propuesta. Y con lo guapa que era Herla, no habría dejado de hablar de ella durante semanas, tal y como había hecho en otras ocasiones con las personas que le habían robado un pedacito de su corazón.

Al pensar en ella, Dinaria sonrió sin percatarse y luego notó que la pena le presionaba el pecho.

—Creo que es mejor que te dejemos descansar por hoy —dijo Herla de repente, ya sin la euforia y diversión de antes. De hecho, cuando Dinaria la miró, vio que la pena también estaba reflejada en sus ojos y se preguntó qué habría visto en ella como para hacer que sintiera lástima—. Y ni se te ocurra despertarte temprano. Tienes apariencia de ser de las que se echan a correr a la primera luz del alba.

Dinaria se rio y les prometió que intentaría descansar todo lo posible, antes de que ambas mujeres la dejaran a solas en unos aposentos que, de repente, le parecieron demasiado grandes, vacíos y fríos.

Capítulo 4



Dinaria había asumido que apenas dormiría durante los primeros días en Olwania. Estaba lejos de su familia, en una cama a la que no estaba acostumbrada y rodeada de personas que podrían atacarla durante la noche. Sin embargo, para su sorpresa, terminó durmiendo profundamente hasta que al fin la luz del mediodía la obligó a abrir los ojos.

En cuanto recuperó la consciencia, después de tantas horas sin haber siquiera soñado, se culpó por haber sido tan estúpida de haber bajado la guardia.

Era consciente de lo poco que había dormido durante la fiesta de su cumpleaños y que el viaje hasta allí la había agotado. Pero no podía permitirse ese tipo de descuidos. De hecho, ni siquiera se había acordado de colocar su puñal bajo la almohada, y ese era un error que no podía volver a cometer, incluso a pesar de que la noche hubiera transcurrido sin problema alguno.

Convencida de que había aprendido la lección, estiró los músculos aún enredada entre las sábanas y las mantas y luego salió de la cama para averiguar qué vistas tenía desde su estancia.

Al igual que en el Palacio de Verano en Tarinia, su habitación estaba orientada en dirección opuesta a las montañas. No obstante, no podía ser más diferente. Mientras que en Tarinia los muebles eran cálidos, repletos de dibujos de rosas talladas y cubiertos por telas y jarrones, la tonalidad de esos aposentos era más oscura, con maderas lisas y sin apenas decoraciones, como si nadie hubiera vivido nunca en aquel lugar.

A través de la ventana, podía ver la linde del bosque, cuyos árboles se mecían por la brisa, más altos y delgados que los de su hogar. Y mientras los observaba, se preguntó si había sido una coincidencia o si existía la posibilidad de que en Olwania hubieran tenido también ese pequeño pero gran detalle de evitar que cada día observase las montañas y, con ellas, los dragones que las sobrevolaban.

Suspiró al no tener clara la respuesta y luego salió al salón donde encontró el desayuno preparado sobre la mesa, así como también ropa de su talla para que no tuviera que ponerse de nuevo la armadura.

Antes de desayunar regresó a su habitación, se vistió con las mallas negras, que estaban forradas por dentro para mantener el calor, la camisa y el jersey azul marino y las botas negras de cuero, que eran, para su sorpresa, muy cómodas. Por último, decidió esconder su pequeña daga dentro de su bota con la esperanza de que tan solo le sirviera para sentirse más segura.

Curioseando en los armarios y la cómoda, encontró más ropa de diferentes estilos y tallas. Lo que más le llamó la atención fue que la mayoría de los cajones estaban repletos de conjuntos de lencería, y se sonrojó al pensar en quién habría vivido en esos aposentos antes que ella. Sin duda, había tenido un objetivo muy distinto al suyo en ese castillo.

Tras trenzarse el pelo, que se le había ondulado más de lo usual debido a la humedad del ambiente, regresó al salón y empezó a desayunar, confiando en que, si no la habían envenenado la noche anterior, sin lugar a duda no lo harían en el resto de las comidas. Sobre todo, si no querían arriesgarse a que muriera sin la daga de la maldición clavada en su corazón.

—¡Buenos días! —saludó Herla en cuanto entró en el salón, y lo hizo con tanto entusiasmo y tan rápido que Dinaria por poco se atragantó del susto—. Por fin te has levantado. Tendría que haberte despertado hace un par de horas, pero me sabía mal teniendo en cuenta que ayer te pedí que no te levantas temprano... Asumo toda la responsabilidad si te regañan por no llegar a tiempo.

La princesa se giró y vio que Herla, que había entrado sola, llevaba ropa parecida al día anterior; un vestido sencillo y abrigado de color verde oscuro, a juego con sus ojos.

—¿Llegar a tiempo adónde? —preguntó Dinaria, después de beber agua y aclararse la garganta.

—A tu primera clase.

Dinaria la miró extrañada, esperando que le diera más detalles para entender a qué se refería. Pero Herla al parecer decidió que era mucho más divertido crear expectación para que lo descubriera sobre la marcha. Y, aunque la conocía desde hacía apenas unas horas, Dinaria supo que no conseguiría nada insistiendo. En eso se parecía a su hermana.

Tras insistir varias veces, Herla aceptó que la ayudase a recoger los restos del desayuno y, tras colocarlo todo de nuevo sobre la bandeja, le indicó que la siguiera para enseñarle cómo llegar hasta la cocina.

A pesar de que las ventanas eran estrechas, eran lo suficientemente numerosas como para conseguir que el interior del castillo no permaneciera en la penumbra durante el día. Algunos rayos de sol atravesaban los cristales y daban de lleno en los jarrones,

espejos y marcos dorados, provocando reflejos de colores sobre las alfombras azules y la piedra gris.

El camino hasta la cocina fue fácil de recordar. Mientras que sus dependencias se encontraban en el tercer piso del ala sur, la gran cocina del castillo estaba en el segundo de la zona central. Así que lo único que tenía que hacer era ir recto, bajar unas escaleras de caracol con grabados de enredaderas en la barandilla de piedra y luego seguir dejando que el propio olor de la comida la guiase el resto del camino.

En cuanto llegaron ante la puerta de la cocina, Dinaria se preparó para el ruido, el ajeteo y la mezcla de olores. Sin embargo, en cuanto entraron, lo único que la rodeó fue el silencio y el olor de la comida que reposaba ya preparada en una gran cacerola.

—Hay otra cocina en el ala norte para los guardias —le explicó la mujer como si fuera capaz de leerle el pensamiento—. El resto somos todos los que viste ayer, así que al ser tan pocos la cocina suele estar bastante tranquila.

Dinaria asintió y se preguntó si era normal que hubiera tan poca gente en un castillo tan grande. Le costaba creer que solo estuvieran allí la cantidad mínima de personas para atenderla y asegurarse de que cumpliera con su misión, pero probablemente ese debía ser el caso. ¿Quién viviría en un castillo aislado de cualquier ciudad? Aunque quizá entonces la pregunta era por qué habían construido un castillo en un lugar como ese.

Mientras pensaba en ello, no se dio cuenta de que Herla la guio por la cocina hasta quedar enfrente de una mesa de madera repleta de hierbas aromáticas, frutas y piedras. Al otro lado, detrás de una pila de cuencos, mazos y otros utensilios que no supo identificar, había un hombre joven, un poco mayor que ella, que las observaba con curiosidad a través de sus gafas metálicas, redondeadas y brillantes.

El hombre, que era de complexión delgada, tenía la piel pálida, el cabello rubio y rizado y unos ojos verdes brillantes. Iba vestido

con una túnica negra un tanto arrugada y llevaba un colgante cuya piedra morada tenía forma de lágrima.

—Te presento a mi primo, Teriam. Él va a enseñarte todo lo que necesitas saber sobre los dragones. Seguramente en algún momento se empiece a enrollar sobre la magia de la naturaleza o los alquimistas que hacen pociones y a los que tanto admira, pero si eso pasa no se lo tengas en cuenta. Ha leído tantos libros que ya habla como si fuera uno.

—Menuda presentación —se quejó Teriam, aunque la sonrisa que tenía dibujada en el rostro no acompañaba a su tono de voz—. Es un placer, Dinaria. Estoy seguro de que tú sabrás valorar el conocimiento, no como otras.

Herla puso los ojos en blanco y sacudió la mano.

—Sí, sí, seguro que lo pasaréis genial hablando de plantas y piedras —respondió Herla sarcásticamente y luego se acercó a Dinaria para comentarle solo a ella al oído—. Está soltero, por cierto.

Y nada más decírselo, le guiñó el ojo y se marchó, dejando a Dinaria con las mejillas ardiendo.

—No sé qué te ha dicho, pero no le hagas caso —le aconsejó, y luego le sonrió mientras se colocaba mejor las gafas—. Bueno, para empezar, ¿qué es lo que sabes sobre los dragones?

Dinaria hizo una mueca y se acercó a la mesa para rozar la madera rugosa y desgastada.

—Son bestias que pueden llegar a ser tan grandes como casas de dos plantas. Vuelan, tienen escamas tan duras como una armadura y hay que tener mucho cuidado con las colas. Y bueno, aparte de que deben tener dientes y garras más grandes que mi cabeza, también echan fuego por la boca.

Nada más soltar todo lo que sabía, no pudo evitar suspirar. Las pocas herederas de las rosas que habían conseguido regresar a Tarinia apenas habían conseguido dar detalles sobre los dragones o la magia de Olwania. Nada más cruzar la barrera, la maldición había bloqueado sus recuerdos, permitiéndoles transmitir solo los pocos detalles que ya le habían enseñado a Dinaria.

—¿Y qué efectos tiene su fuego sobre el cuerpo humano?

—¿Que qué efectos? Pues quemarlo. ¿Qué si no?

Teriam y Dinaria se sostuvieron la mirada y al cabo de unos segundos el chico sonrió como si le hiciera gracia saber un secreto que ella no conocía.

—El fuego de los dragones no es un fuego normal. Lo es en apariencia, pero tiene diferentes efectos. Los principales son la parálisis, la desorientación y la extracción de magia, aunque con este último, como no eres una maga, lo único que notarías es un poco de cansancio.

—Yo... no tenía ni idea —confesó Dinaria—. ¿Es en serio? ¿Está comprobado? Suena un poco...

—Supongo que en Tarinia no estáis acostumbrados en absoluto a la magia. Pero ahora estás en Olwania, así que tendrás que abrir la mente. Los dragones son animales muy peligrosos, pero te sorprenderías de lo básicos que son comparados con otros.

—No entiendo por qué la maldición bloquea esta información. Si hubiera sabido esto antes, me habría entrenado mucho mejor. Yo...

La joven se detuvo al notar que la presión en su pecho estaba aumentando con demasiada rapidez. Le ardían los ojos por las lágrimas que apenas conseguía reprimir y apretó los puños intentando contener la rabia y el miedo.

Apenas le había contado un detalle que desconocía, que se salía de su control, y ya se le estaba viniendo el mundo encima.

Teriam se quedó callado y la observó, sin duda sorprendido por el hecho de que la heredera de las rosas, la que debía ser la mayor guerrera del país vecino, se derrumbara tan rápido frente a cualquiera. O, al menos, eso es lo que interpretó Dinaria, como si en vez de calmarse, su mente buscara aún más argumentos para atormentarla.

De repente, Teriam empezó a mezclar hojas y flores. Las machacó con fuerza mientras ponía a calentar un cazo de agua sobre

unos fogones en los que, en menos de un segundo, aparecieron varias llamas.

Dinaria lo observó trabajar mientras recuperaba el control de su respiración. Se sentía avergonzada por su reacción. Había entrenado y meditado durante años para evitar que el miedo la derrumbase y ahí estaba, asustada al descubrir que el fuego de los dragones no podría quemarla viva como tantas veces se había imaginado. ¿No se suponía que tendría que haber sido una buena noticia?

Teriam se acercó a ella, rodeando la mesa para colocarse a su lado, y le tendió un vaso con una infusión humeante que olía dulce.

Aunque ella lo cogió sin rechistar, lo miró conteniendo una pregunta sin formular en su expresión.

—Te ayudará a relajarte —le aseguró él mientras se colocaba de nuevo las gafas que se habían empañado un poco por el vapor.

Sin darle demasiadas vueltas, Dinaria primero probó su sabor y, al comprobar que sabía tan dulce como olía y que no había riesgo de quemarse la lengua, dio varios tragos.

Empezó a notar sus efectos relajantes incluso antes de terminarse la bebida y, en cuanto fue consciente, miró con asombro a Teriam.

—Aunque no puedas usar magia contra los dragones, existen muchas pócimas que te ayudarán contra su fuego o simplemente te darán más fuerza. Eso es lo que pretendía explicarte hoy, pero debía haber imaginado lo mucho que podría afectarte descubrir la verdad. Sobre todo si vas a enfrentarte a uno y encima no sabes nada sobre magia. De verdad que lo siento.

Dinaria negó con la cabeza con rapidez.

—No me pidas disculpas. Se supone que tendría que estar preparada para cualquier imprevisto. Además, debería estar celebrando que los dragones no puedan quemarme viva, en vez de sentir ansiedad —dijo ella y dio otro sorbo como si así pudiera tragarse también la vergüenza.

Teriam sonrió y le cogió el vaso tras dar su último trago. Luego, sin previo aviso, colocó detrás de su oreja uno de los mechones que se le habían soltado de la trenza.

El contacto fue breve, apenas una caricia, pero suficiente para que se le calentaran las mejillas y fuera consciente de lo cerca que estaban en ese momento.

—Es normal que los dragones te asusten, sobre todo si nunca has visto ninguno. Pero te aseguro que son mucho peores los magos —le aseguró y Dinaria se percató del destello de tristeza que se intuía en su mirada.

Sin darse cuenta, se inclinó hacia él mientras buscaba las palabras para preguntarle si alguna vez había presenciado uno de esos ataques. Pero de pronto, la puerta de la cocina se cerró con estrépito y Dinaria dio un brinco. La chica se apartó un par de pasos de Teriam con rapidez y se giró para descubrir quién la había salvado de quedarse mirando al muchacho como una tonta, antes de conseguir formular la pregunta.

No obstante, al ver que era el príncipe Abel quien se acercaba a ellos y los observaba fijamente con sus ojos azules, cualquier atisbo de agradecimiento se esfumó al instante. Sobre todo, porque de todo su atuendo, que era negro de pies a cabeza, destacaba una única pieza de color brillante: una daga azul marino, cuyo mango estaba cubierto de un cuero negro como el de su espada.

—¿Esa es la daga de la maldición? —La pregunta se le escapó de los labios antes de que su sentido común le confirmara que era una duda obvia y demasiado incómoda como para soltarla sin más.

Al escucharla, Abel se detuvo en seco a un par de metros y frunció el ceño como si no hubiera entendido la pregunta.

—Sí —respondió él, llevando una mano distraída hacia el arma, como si quisiera confirmar que, en efecto, seguía atada a su cintura.

—Buenos días, Abel. La clase se ha retrasado, así que estamos empezando justo ahora. Quizá sería mejor que volvieras más tar-

de —intervino Teriam, intentando dejar el tema a un lado, pero después de escuchar su vaga respuesta, Dinaria no estaba dispuesta a dejarlo correr.

—¿Y vas a pasearte con ella delante de mí como si nada? —le preguntó antes de que Abel tuviera tiempo de responderle a Teriam.

Esta vez, el príncipe apretó el mango de la daga con fuerza, claramente molesto. Y, acto seguido, acortó la distancia que los separaba hasta quedar incluso más cerca de ella de lo que había estado Teriam.

El hombre no dejó de mirarla en ningún momento con la intensidad azulada de sus ojos fríos y, por un instante, Dinaria estuvo a punto de retroceder. Por suerte, consiguió que el orgullo fuera más fuerte que su miedo, aunque quizá se debía a la infusión que acababa de tomarse.

—Te recuerdo que tú tienes tu deber y yo tengo el mío. No eres la única que tiene un destino en esta historia.

En realidad, Dinaria no entendía por qué siempre debía ser un príncipe de Olwania el encargado de llevar esa daga y de matar a la heredera de las rosas en caso de ser necesario. ¿Estaría también vinculado con la maldición? En aquel momento, no quiso ni pensarlo.

—¿Y vas a esperar a ver si lo consigo o vas a usarla antes de tiempo para que te sea más fácil?

Abel abrió mucho los ojos y juraría que durante un instante Dinaria vio el horror reflejado en él. Pero antes de que pudiera estudiarlo en busca de una respuesta, el hombre se apartó y se giró para darle la espalda.

—Vendré más tarde, Teriam. Avisaré a los demás para que no tengáis más interrupciones.

Y tras decir eso, el príncipe se marchó con la misma rapidez con la que había llegado, dejando a Dinaria preguntándose qué revelaba esa última mirada cargada de miedo. Un miedo que, aunque no quisiera admitirlo, ella conocía demasiado bien.

